



ELENA MEDEL

PEGGY Y EL PRÍNCIPE

Los calcetines siameses y la celulosa goteando personalidad
demuestran que lo textil pierde su fuelle,
justifican el adjetivo de meseta.

Yo exhibo mis venas en subasta pública,
me ajusto la corbata, apuesto en la barra un guiño
para que la suerte no se estanque igual que el ron.
Él hereda varios metros sobre los que escribir
aquello que custodia tras sus chapas:
por mi parte, huyo con Trotski balanceándose en mi nuca.
Mirar atrás es toparme con sus ojos tristes
hundidos en la generosidad continental,
escupir contra la frente una peonza sin ganas.
Tsunami con chocolate, digo;
cabizbaja, matemáticas, ojalá me quisieras.

De camino al taxi repito dos sílabas,
cruzo los dedos para el cierre de fronteras;
me vuelvo pirenaica. Clavo las uñas en el antebrazo
hasta teñirme la herencia y el castigo,
una tirita que alcance a los relojes.

Mi lengua es de color azul: es abandono.

[Inédito]

Confieso que soy rara: con ocho años prefería escribir a buscar marido plástico para mis Barbies, y ahora con dieciocho no anhele más que una melena rubia y un coche azul brillante. Soy rara porque mientras mis amigos leían a Ángel González, yo subrayaba versos de Anne Sexton. Y soy rara porque desde que publiqué *Mi primer bikini* mi poética se ha transformado en una defensa de lo autobiográfico, siguiendo una máxima de Montaigne: «yo mismo soy el tema de mi libro». A más páginas, menos máscara. Frente a la mezcla coral que significaba mi anterior poemario, con historias que yo había vivido

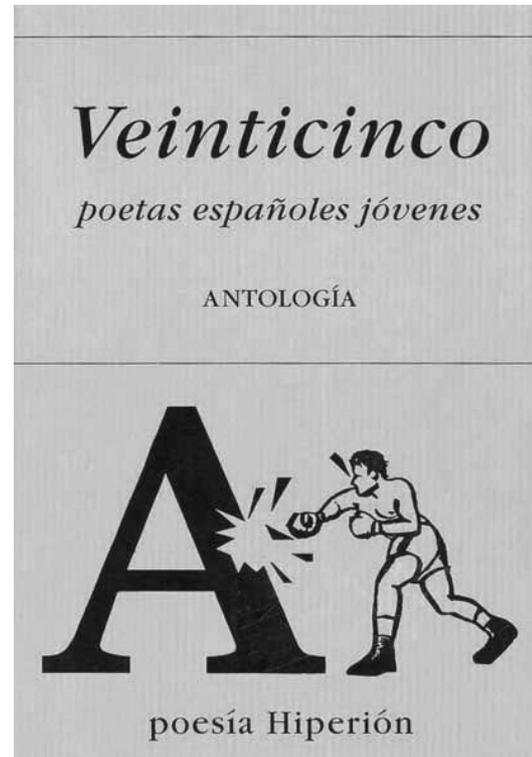
pero también escuchado, opté por un planteamiento mucho más personal y descarnado, mucho más honesto con el lector y conmigo.

Peggy y el príncipe, al igual que el resto de poemas del libro que estoy preparando, trabaja con materiales que son corazón y minutos. En este caso, el poema nace de una situación tan habitual como mágica: chica conoce a chico, chica siente por chico, chico siente por otra chica. Los primeros versos surgieron en el portal de casa, llaves en mano, y los escribí en el reverso de mis apuntes de Literatura Medieval nada más cerrar la puerta de mi habitación. Al despertar el sábado, continué hasta terminar el primer borrador. Mi manera de escribir es intuitiva: me niego a nombrar directamente si existe una forma bella y oscura para decir. Identifico real e imaginario, busco metáforas que evoquen, distorsiono la imagen. Lo que se interpreta como símbolos es, a ojos conocidos, otra forma de sentir.

Hasta que no zanjo el poema, me acompaña -dentro mi agenda- a todas partes. Redacté una segunda versión en Barcelona, en el reverso de un billete de tren, con el móvil recién apagado tras una llamada telefónica a deshoras; y la tercera alternativa surgió de nuevo en Córdoba, con una semana de diferencia, apenas seis horas después de un encuentro. Con esos tres esbozos -que partían de una misma referencia, pero discurrían por rutas diferentes- elaboré un único texto denso y críptico, que corregí hasta que flotase la cohesión: rodeada de gente, el mundo se reduce a un yo frágil y mi fuerte compañía, y ese microcosmos se rompe con un gesto y un descenso de minutos al infierno que Radiohead mencionan en *Creep*. «I wish I was special, / you're so fucking special», llora Thom Yorke. Es la cita inicial que barajé para *Peggy y el príncipe*, la canción que repetí durante días; mi querencia por los poemas desnudos, mi intención de integrar lo culturalista en el texto y no utilizarlo como simple membrete, me llevó a eliminarla y conservar la referencia sólo en mi memoria y en el discman.

Para alcanzar la versión definitiva he necesitado cuatro borradores, un ejército de folios, varios lectores amigos que me alejen

de la cuerda floja entre confesión y exhibicionismo. Doris Lessing asegura que escribe «para comprender»: yo escribo, además, para descubrirme. Los poemas son una lupa de motivos y se llaman, por ejemplo, *Peggy y el príncipe*. ¿El resultado? Una miniatura cálidamente sentimental, dulce, extraña como yo.



Elena Medel (Córdoba, 1985) es autora de una inteligente y muy precoz obra poética: *Mi primer bikini* (DVD, 2002) ha sido Premio Andalucía Joven de Poesía en 2001, y agotó su primera edición en tres meses. Posteriormente ha publicado la plaquette *Vacaciones* (El Gaviero, 2004). Su nombre se está convirtiendo en imprescindible en cualquier antología de poesía joven actual: se encuentra, entre otras, en *La lógica de Orfeo* (Visor, 2003) y *Veinticinco poetas españoles jóvenes* (Hiperión, 2003). Ha sido traducida al portugués y al italiano; ejerce la crítica literaria en *Clarín* e *Istmo*. Es una de las coordinadoras de la revista literaria *musu* (www.musu.cjb.net), y junto con Alejandra Vanessa perpetra actividades de agitación poética (organización de recitales, publicaciones, encuentros) mediante *La Bella Varsovia*.